

LOS NUEVOS NOMBRES EN LA NOVELA ESPAÑOLA

Por MIGUEL PEREZ FERRERO

HAY un plantel de nuevos novelistas en España? ¿Hay una nómina de valores, después de los que constituyen los del 98 —para partir, en este trabajo, de un punto no demasiado lejano— y post 98? Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que sí. Desde 1939 apuntan y se definen vocaciones en el campo de la novela, y surgen nuevos escritores que se entregan al cultivo del relato novelesco, los cuales logran reclamar la atención general. ¿Seguían estos escritores los caminos trillados? ¿Respondían a influjos de sus antecesores compatriotas? ¿Mostraban claras asimilaciones de fuera?... La formación de un novelista es siempre compleja, y su particular modo de ser y manifestarse trasciende con muy acusados rasgos.

Lo primero que se ha pedido a un novelista es experiencia, haber vivido con el despierto sentido de la observación para captar seres humanos, sucesos y paisajes, y darles una interpretación *sui géneris* que, sin embargo, sea fiel a la ver-

dad, o a la «posibilidad», y hondamente impresione al lector. Lo que la fantasía desvirtúa, o inventa, también tiene su parte, y no deja de desempeñar el gran papel que le corresponde.

La novela española, concebida de una manera estrictamente realista por Galdós, sufrió más tarde, a partir de 1918, la intrusión de un fuerte ramalazo poético y una influencia ostensible de lo irreal, todo ello adobado con frases de sentido figurado, con un idioma rico de imágenes. Luego vinieron otras corrientes de diverso alcance, ensayadas por escritores extranjeros de indiscutible talento, y que aquí se adoptaron con mayor o menor entusiasmo. Pero hoy cabe decir que fueron ensayos que no cuajaron en modalidad firme dentro de lo novelesco, acaso porque no eran verdaderas novelas.

En el teatro tales corrientes poéticas, con marcada intervención de lo irreal, acusaron mayor firmeza, al extremo que la evasión de los autores actuales hacia la fantasía sin trabas, hacia los ámbitos de la libérrima figuración, confundida con la realidad misma y casi inseparable de ella, continúa preponderando. En cambio, la novela se halla impulsada ahora por lo que se llama el neorrealismo, que impera como tónica general. Casi todos los novelistas de estos momentos, los que desvelan nuevos horizontes novelescos, responden a esa manera de ver y reflejar las cosas imbuída de neorrealismo.

No vamos a hacer aquí un recuento exacto de nombres, ya que más de uno se nos escapará involuntariamente, pero sí intentamos citar los más significados en la actualidad.

Empezó a manifestarse el neorrealismo en España por la novela con el «tremendismo» en sus varios matices y diferentes interpretaciones. Hicieron irrupción, con novelas tremendistas —cada una de su estilo— un escritor y una escritora, no ya jóvenes en los días a que nos referimos, sino juveniles.

Eran, son, éstos Camilo José Cela y Carmen Laforet. El primero al publicar su libro, muy comentado y discutido y el más saliente de toda la obra con que cuenta hoy el novelista, *La familia de Pascual Duarte*, relato que recuerda, en cierto modo, por su acento, el de las famosas memorias del capitán Alonso de Contreras, el cual anticipó unos siglos los perfiles de la escuela tremendista, intuyéndola antes que nadie pudiera adivinarla. Y la segunda al dar a la estampa su novela *Nada*, galardonada con el «Premio Nadal». El libro contenía un clima novelesco, en que lo morboso-psicológico era el principal ingrediente.

Una tercera figura —sin pretender que este orden sea el de los méritos, sino simplemente enumerativo— representa la concepción neorrealista tomada en un sentido más puro, sin tremendismo. Se trata de Juan Antonio de Zunzunegui, que empezó a escribir antes de 1939, inmerso en aquella corriente literaria en la que lo irreal, la poesía y el humor se confundían, se amalgamaban, e imprimían carácter a las concepciones de los novelistas. Este escritor fué evolucionando hasta eliminar de sus realizaciones aquellos factores que intervinieron con potencia en sus obras primeras. Y en el presente son ejemplos de su evolución y madurez *¡Ay estos hijos!* y *¡La úlcera!*

Durante los últimos años, si la novela no ha florecido en España con la prodigalidad de la poesía, que aquí es sumamente rica, copiosa, al punto de poder decir que casi cada día se nos ofrece el nacimiento de un poeta, no por ello ha dejado de producir valores, y hoy existe un grupo de novelistas que nutre con honor el género. Tratemos de recordar los nombres más acusados, además de los que acabamos de escribir. Son: Ignacio Agustí, que se reveló con *Mariona Rebull*, fragmento

expresivo de la vida en Barcelona, remitida al pasado cercano; a ese libro siguió *El viudo Rius*, algo más endeble de interés novelesco, pero con la misma ambición del novelista de presentar cuadros de la comedia humana de Cataluña en la época de nuestros abuelos y nuestros padres. De igual manera apuntaremos otros valores, un poco antes o después destacados en el panorama novelesco: Pedro Alvarez, Darío Fernández Flórez, Gonzalo Torrente Ballester, Vicente Escrivá, Manuel Pombo Angulo, Carlos de Santiago, Marcial Suárez, Enrique Azcoaga...

Hemos dejado adrede fuera de la lista anterior los nombres revelados o subrayados por los éxitos de los «Premios Nadal», que otorga anualmente, a partir de 1945, la revista *Destino*, de Barcelona. Fué el primero de esos galardones, como ya hemos dicho, el concedido a Carmen Laforet por su novela *Nada*. Sucedieron a éste los otorgados a José Feliz Tapia, José Gironella, Delibes y Sebastián Juan Arbó, y aunque el último no se puede considerar como un descubrimiento del jurado calificador, pues el escritor ya era conocido por precedentes obras, ha confirmado el crédito que poseía el novelista.

Y ahora pasaremos al capítulo de las mujeres dedicadas a escribir novelas, aquellas que han de incluirse en esta nueva nómina. Se destacan, descontando a Carmen Laforet, Eugenia Serrano, Eulalia Galbarriato, Ana María Matute, Rosa María Cajal y alguna otra. Elizabeth Mulder tiene cierta conexión con las que forman la citada serie, pero, al propio tiempo, características determinadas la apartan de lo que pudiéramos llamar «el grupo».

Igualmente habremos de citar aparte, entre los varones, a Manuel Halcón, autor de una novela impar, *Aventuras de*

Juan Lucas, y al conde de Foxá, que irrumpió en el campo de la relación novelesca con un libro de extraordinaria emoción, titulado *De Corte a Checa*, reflejo del período revolucionario en Madrid en la etapa de nuestra contienda. Pero ambos escritores, tanto Halcón como Foxá, responden a distintas esencias formativas, y se les debe considerar independientes de esta nómina que ahora ofrecemos.

Recientemente, en una de las conferencias de Ramón Gómez de la Serna durante su viaje a España, dijo que el tronco del arte literario es la prosa. Nosotros puntualizaríamos afirmando que es la novela. La poesía —tenía, a nuestro juicio, razón el autor de las *Greguerías*, y por eso lo repetimos con él— es como una maravillosa flor, como un adorno máximo; mas, en realidad, la prosa —la novela concretamente— es lo que forja las grandes literaturas modernas.

A veces con un solo gran novelista se puede sostener una época. Cervantes, Balzac, Dostoiewski, bastarían para abonar el aserto, puesto que cada uno de ellos ha dado pautas no periclitadas todavía.

Insistiremos, una vez más, que en esta nómina nuestra faltan —y de ahí que seamos los primeros en proclamarla incompleta— algunos nombres. Sin embargo, de lo que se trata es de apuntar que existen valores actuales dispuestos a cultivar un género del que se ha dicho en muchos instantes que se hallaba en franca crisis en nuestro país. En efecto, estos novelistas han iniciado un resurgimiento. ¿Lo lograrán? Cada uno ha contribuído con inquietudes nuevas, personales, al mundo novelesco. Han procurado despojar a la novela de corrientes perniciosas, y se han esforzado en dotarla de las preocupaciones que enervan los instantes que vivimos. También han tratado de universalizar el género, sin prescindir de si-

tuar sus acciones, de darlas, siempre que ha sido necesario, el localismo preciso. Cada uno ha asimilado cuantos elementos se le brindaban en su propio campo de experimentación. Bastantes de los valores que hemos nombrado están ya maduros, cuajados, y puede calificárseles de novelistas «hechos», con lo cual queremos decir que la nueva novela española avanza con paso firme, y se puede esperar con confianza el apetecido renacimiento.

Cada época produce una atmósfera especial, que da paridad al modo de sentir, de ser, de actuar; que unifica a personajes y sucesos. Nunca ha existido, dentro de la aparente diversidad, tanta uniformidad como ahora. Hace muy poco, el armenioamericano Saroyan decía, con agudeza, que un campesino de cualquier parte era el mismo campesino de los antípodas, y que igual sucede con todo ejemplo humano que se elija, sea el que fuere. El arte consiste en obtener los matices, en hallar el rasgo especial, en captar la peculiaridad, y con ello crear el mundo novelesco: los personajes, la acción y el clima.

El neorrealismo es una corriente, como lo fué el romanticismo en su momento, y luego el propio realismo, y más tarde el modernismo, que tendía hacia lo cosmopolita...

La novela necesita estar siempre apoyada en una visión personal de la realidad, y partir de ésta, pero a continuación han de jugar también sus grandes papeles la intuición y la fantasía del novelista. Si la novela fuese, simplemente, el producto de la observación directa, sería crónica. Pero lo novelesco ha de alcanzar otros fines, otras metas. Y hacia esos fines y metas se dirigen los novelistas nuevos que hemos señalado, los cuales abren ancho campo a la confianza en el destino de continuidad del género novelesco en España.